

GARCILASO, EL PRIMER POETA

Amor, sexo, celos, batallas, viajes: de todo hubo en la vida de Garcilaso de la Vega, a quien Cervantes llamó «nuestro poeta». Como una novela de aventuras se lee la biografía que le dedica María del Carmen Vaquero Serrano

¿Quién es el primer poeta español? ¿El anónimo autor de *Mío Cid*? ¿Gonzalo de Berceo, el primero cuyo nombre recordamos? ¿Jorge Manrique? Creo que no sería exagerado ni absurdo decir que el primer poeta español, sin olvidar las maravillas del romancero y de la lírica tradicional, es Garcilaso de la Vega, nacido en Toledo en 1499 (¿) y muerto en Niza en 1536. Garcilaso nos descubrió una posibilidad del idioma que hasta entonces había estado dormida: el español como música. Una música que parece salir no de un artificio especial sino de la lengua misma, de una *legato* y una amplitud melódica que nuestra lengua de grandes vocales transparentes y largas palabras que se entrelazan entre sí todavía no había descubierto. *Paciendo van, segura y libremente*.

A través de Garcilaso de la Vega entra en España el ritmo impar, el mundo pastoril y la influencia de Petrarca, que fue, junto con San Agustín, no lo olvidemos, el gran creador del «hombre interior» de Occidente. Los temas de Garcilaso son tan modernos, al menos, como los de Proust: la vida humana en el tiempo; la memoria y la fantasía; el amor y los celos.

Rayos visuales

La primera palabra que encontramos en sus obras es «cuando»: el tiempo. En su *Comentario* observa Herrera, sobre esta simple palabra desnuda: «Prefación de toda la obra y de sus amores y proposición con la contemplación y vista de lo presente y lo pasado». Y el mundo de la memoria, es decir, de la psique, de donde

nace nuestra miseria y también nuestra libertad.

«Alargo y suelto a su placer la rienda, / mucho más que al caballo, al pensamiento», dice en la «Epístola a Boscán», donde habla de la libertad que nos da la amistad, y que es la misma que debemos usar para escribir poesía. Pero también es la suya poesía de los ojos, de las pupilas, de las miradas, de los «rayos visuales». Podríamos decir de él lo mismo que decía Herrera de Petrarca: «Todo él se emplea y ocupa en el gozo de los ojos más que de otro sentido». *Corrientes aguas puras, cristalinas, / árboles que os estáis mirando en ellas*.

Siempre presente

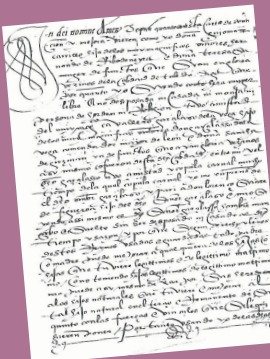
El único *más allá* del que habla es el de los prados y ríos de la esfera de Venus, paraíso pagano donde el melancólico podrá *ver* para siempre a su amor *frente a los ojos suyos*. (¿Pensaba Borges en esos versos cuando en «Del infierno y del cielo» afirma que el paraíso es poder ver para siempre un rostro amado?) No hay en su obra ni una línea dedicada a la religión.

Todos leyeron a Garcilaso. Su presencia es obsesiva en los poetas posteriores, en Hurtado de Mendoza, en Acuña, en Gutierre de Cetina, en todos los Franciscos (De Aldana, De la Torre, De Figueroa, que fue llamado «el divino»), en Fray Luis, en San Juan de la Cruz y también en los grandes barrocos, de Góngora al conde de Villamediana, de Lope a Juan de Jáuregui.

«Claros corrientes, cristalinas ondas», escribe el gran Francisco de la Torre, cuyas églogas casi rivalizan con las de su maestro. Y Diego Ramírez Pagán: «Digo aquel dios desnudo niño cie-



CARLOS V
Garcilaso (a la derecha) le sirvió como capitán en las guerras de Italia y Túnez, pero criticó su despotismo. El emperador le desterró a una isla del Danubio



TRES MUJERES
Aunque Garcilaso estuvo enamorado de Almudena Guzmán, una de sus primas, y de Beatriz de Sá, la segunda mujer de su hermano, su gran amor fue la infiel Guiomar Carrillo (arriba, documento escrito por ella). Abajo, Aracne, uno de los mitos que pueblan los versos del poeta



go», eco de «el niño que sabéis, ciego y desnudo» de Garcilaso.

Cervantes le llama «nuestro poeta» sin molestarse siquiera en citar su nombre y se inspira en su «Égloga II» para el capítulo de Marcela del *Quijote*, tal como San Juan se inspirará en su «Égloga I» para el *Cántico espiritual*. «Busquemos otros montes y otros ríos», dice Nemoroso. Y San Juan: «Buscando mis amores / iré por esos montes y riberas».

En la posguerra, la revista *Garcilaso* (1943), opuesta a las vanguardias, al surrealismo y a lo «decadente», identificaba a nuestro lírico con lo clásico y lo patriótico. Escribía José María Pemán (y en ABC, precisamente) que Garcilaso era «el poeta más amado de los varones sensatos, clásicos y académicos», tres cosas que Garcilaso no fue nunca. Curiosamente, los llamados «poetas de la experiencia» lo reivindicaron también, en los noventa, desde la esfera política opuesta, y ahí tenemos «Garcilaso 1991» y la rarísima «Égloga de los dos rascacielos» de Luis García Montero.

Obsesión por el dinero

Hombre cortés, generoso, sensual, enamorado, valiente, músico (tocaba la vihuela y el arpa), Garcilaso vivió intensamente su tiempo y fue un poeta revolucionario tanto como un cortesano hábil y un aristócrata obsesionado con el dinero, las propiedades y los privilegios. Es el emblema de la España feliz del Emperador, cuya moral no es la religión, sino la amistad, la felicidad y el placer.

Garcilaso, príncipe de poetas, de María del Carmen Vaquero Serrano, se lee como una novela de aventuras. El



libro está muy bien organizado y, a pesar de su enorme erudición, es de muy fácil manejo. Está escrito con un enorme encanto, algo no tan frecuente en la prosa académica, y en sus páginas se percibe con toda claridad el placer que siente la autora al contarnos su historia, que llena de informaciones curiosas y de detalles pintorescos; por ejemplo, ese maestrescuela al que acusan de judío y obligan, después de apalearle, a besar el culo de una mula, o la inolvidable imagen de la cuñada de Garcilaso empujando dos velas encendidas y poniéndose en una puerta para impedir el paso de la turbamulta enfebrecida.

Entre Galatea y Elisa

Es esta una historia llena de amor, sexo, celos, batallas, reyes, viajes, aventuras y fiestas cortesanas en la que los personajes y las escenas emergen muchas veces con la vividez de una novela. Vaquero Serrano nos descubre la verdadera identidad de los tres grandes amores de Garcilaso: el amor de la infancia, Almudena Guzmán, una primita que luego se haría monja; Guiomar Carrillo (Galatea), quizá su gran amor, frustrado cuando ella le es repetidamente infiel, y el amor ideal (Elisa), que no era la dama portuguesa Isabel Freire, como creíamos hasta ahora, sino Beatriz de Sá, la bellísima segunda mujer de su hermano, una dama nacida en las Azores y que a su llegada a la corte lusitana provocó tal oleada de admiración que veinticuatro poetas, nada menos, escribieron versos para alabar su belleza.

La nueva biografía corrige errores antiguos. Es magnífica toda la descripción de las revueltas de los comuneros, durante las cuales Garcilaso y su hermano no lucharon en bandos opuestos, como siempre se ha dicho, sino que ambos fueron primero comuneros y luego hombres del rey. «¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria? / Sabrálo quien leyere nuestra historia», dice en la «Elegía I». Leamos, pues, su historia, que es la nuestra.

ANDRÉS IBÁÑEZ

PENSAR LA DEMOCRACIA

Entre ciudadanía y democracia hay un vínculo necesario y al mismo tiempo problemático; es más: para que sean reales han de ser periódicamente puestas en crisis. La inestabilidad entre ambas es tan crucial como la búsqueda de la identidad, de la fusión de una y otra. El libro de Balibar es una historia de esta idea política y un ensayo sobre los problemas actuales de la ciudadanía y de la democracia.

Obviamente, pensar ambas es pensar no tanto las distintas formas de Estado como las formas distintas de gobiernos dentro de la articulación democrática. Socialismo, liberalismo y neoliberalismo suponen una concepción si no radicalmente distinta de la función del Estado y del ciudadano, sí al menos acusadamente distinta de la función pública.

Balibar estudia los aspectos que conforman la diversidad de la política moderna en lo democrático: insurrección y ciudadanía, representación, educación, derechos sociales, democracia y lucha de clases, el derecho a los derechos (de tanta actualidad en nuestro país), neoliberalismo y *desdemocratización*, y un tema del que hablamos mucho: democratizar la democracia. En este último aspecto, destaca la percepción del ciudadano como agente de la transformación, es decir: de la crítica y, en cierto sentido, de la insurrección. La ciudadanía, pues, como avance continuo.

Pensar la democracia también en términos estables supone una concepción antropológica fija. Democratizar la democracia es un acto de ciudadanía que refunda no una vez, sino de manera continuada, la política. Estos actos ciudadanos son constituyentes en función de que sean insurrectos: una conquista de la democracia que implica una «lucha» (yo diría «crítica» en su sentido más activo) contra lo establecido. Ciudadanía y democracia bajo el signo de la dialéctica.

JUAN MALPARTIDA

GARCILASO, PRÍNCIPE DE POETAS M^a DEL CARMEN

VAQUERO SERRANO
Ensayo
CEEH /
Marcial Pons,
2013
28 euros
★★★★

CIUDADANÍA ÉTIENNE BALIBAR

Ensayo
Trad.: Rodrigo
Molina-
Zavalia
Adriana
Hidalgo, 2014
12,50 euros
★★★★